



Manuel Capdevila

Joyero y orfebre

Por J. Benet Aurell

Hoy que tanto y tan justificadamente se habla de la importancia del diseño en todos los órdenes y niveles de la producción, sería ocioso insistir en la necesidad de que aquellas vertientes creadoras que, tal vez por comodidad, etiquetamos como artes aplicadas, no queden al margen de esas preocupaciones tan estrechamente relacionadas con la mentalidad actual y con el sentido social inherente a ella.

Creo que han pasado ya los tiempos en que, por ejemplo, una joya había de ser necesariamente considerada como signo de poder. Y si no han pasado todavía debemos esforzarnos por acelerar el proceso de superación de algo tan poco edificante. Un objeto suntuario, concebido en nuestros días, tendría escasa vigencia real si no contribuyera a estimular la dignificación del hombre. Aun los objetos para el culto de Dios participan marcadamente de dicha tendencia.

Todo intento de incorporar lo suntuario, en la dirección fundamental del espíritu de la época, es ciertamente loable. No se trata aquí de abogar por la joya «pobre», hecha de materiales humildes. Sería absurdo renunciar por sistema al empleo del oro y las piedras preciosas. Es una lógica aspiración humana construir con lo mejor que se tenga a mano. Lo que no resulta admisible es pensar la joya o considerarla como mero objeto de ostentación. Tendría que ser en todo momento una segura marca de gusto y personalidad, una marca que, independientemente del material con que la joya esté elaborada, dignificase tanto al que la hizo como al que la lleva.

Y lo que vale para la joyería, vale también para la orfebrería, aun cuando ésta se halla mucho más vinculada a una utilidad práctica y directa. En

líneas generales, el objeto creado por el orfebre «sirve para algo», pero ello no quiere dar a entender que una joya sea algo superfluo. Desde muchos puntos de vista, sabemos que no lo es.

Entre los orfebres y joyeros que en nuestro país se han identificado con la nueva concepción de la joyería y la orfebrería, Manuel Capdevila ocupa un lugar muy destacado. La certidumbre de esta afirmación está en el ánimo de todos.

Capdevila es también pintor, lo mismo que Jaime Mercadé, otro maestro que ha contribuido a prestigiar la orfebrería y la joyería catalanas incorporándolas antes que nadie al espíritu general del arte moderno. Capdevila nació en Barcelona el año 1910. Su vocación surgió como un juego, en el taller paterno, pues el padre era ya joyero y orfebre. Pudo así aprender el oficio con gran exigencia y, al propio tiempo, con favorable naturalidad. Hay que decir, de paso, que el hijo de Capdevila sigue la misma senda, con lo que el oficio tiene entre los Capdevila, por el momento, una continuidad de tres generaciones. Muy joven Capdevila frecuentó la academia de pintura de Francisco de A. Galí, personalidad a quien recientemente se ha tributado, bajo la iniciativa del Colegio de Arquitectos de Cataluña y Baleares, un homenaje que, mejor que nunca, podemos calificar de absolutamente merecido.

A los diecisiete o dieciocho años marchó a París, donde prosiguió el aprendizaje de orfebre y estudió unos cursos de pintura con André Lothe. Esto sucedía antes de 1930. Más tarde, a partir de 1936, estuvo de nuevo en París por espacio de cuatro años. Fue entonces cuando se definió su personalidad creadora. Expuso ya di-

versas piezas originales en el *Salon d'Automne* de 1937. Reintegrado a Barcelona, su nombre como joyero y orfebre empezó a abrirse paso, y su personal estilo no ha cesado de introducirse, hasta el punto de marcar cada vez más, con su impronta, el gusto dominante.

Capdevila ha participado en tres Trienales de Milán, de artes decorativas, y ha concurrido en numerosas exposiciones internacionales de joyería y orfebrería, especialmente en Inglaterra y Alemania, siendo la más reciente la que, bajo el título de «Form und Qualität» ha tenido efecto en Múnich durante el mes de marzo del presente año. Obras suyas han sido adquiridas con destino a varios museos extranjeros especializados.

En la actualidad, Capdevila es profesor de joyería y orfebrería en la Escuela Massana. Su influencia sobre las nuevas generaciones es muy ostensible; su magisterio, ciertamente beneficioso.

El ha sabido dar un nuevo aire a nuestra joyería. Ha sabido valorizar toda clase de materiales, desde el humilde guijarro a los más preciosos. Ha sabido combinar lo nuevo con lo viejo, en un equilibrio fascinante, paralelo al de las nuevas corrientes de la pintura y la escultura.

Su influjo sobre el gusto — la depuración del gusto — en nuestro país, es manifiesto. Después de Capdevila, definitivamente, una joya, una pieza de orfebrería, habrán de ser consideradas en función de la calidad y de la imaginación, no en función del valor crematístico de los materiales utilizados.

Ha contribuido, finalmente, a que Barcelona tenga un rango, entre los centros de difusión de la orfebrería moderna.



